



PLANETA

JUVENIL

EL SILENCIO DEL ASESINO

CONCHA LÓPEZ NARVÁEZ

ILUSTRACIONES DE RAFAEL SALMERÓN

Colección Planeta Lector

Diseño de colección: departamento de diseño Grupo Planeta

Ilustraciones: Rafael Salmerón

Ilustración de cubierta: Riki Blanco

© 2012, Concha López Narváez

© Espasa Libros, S.L., sociedad unipersonal.

© 2012, Editorial Planeta Colombiana S. A.

Calle 73 N.º 7-60, Bogotá

ISBN 13: 978-958-42-3073-7

ISBN 10: 958-42-3073-5

Primera impresión: julio de 2013

Segunda impresión: agosto de 2014

Tercera impresión: julio de 2015

Cuarta impresión: noviembre de 2016

Quinta impresión: junio de 2017

Sexta impresión: agosto de 2018

Séptima impresión: enero de 2019

Impreso por: Editorial Nomos S. A.

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo del editor.

CONCHA LÓPEZ NARVÁEZ (BIOGRAFÍA)

Concha López Narváez es una escritora sevillana, ciudad donde estudió Filosofía y Letras, y se especializó en Historia de América. Tras algunos años dedicados a la enseñanza, pasó a escribir obras de literatura infantil y juvenil. Ha recibido varios premios, entre ellos el Lazarillo en 1984 y el CCEI en 1987. Su novela *La tierra del Sol y la Luna* fue incluida en la Lista de Honor del IBBY en 1986, y en el año 1992 fue candidata al premio Andersen. Otras obras suyas son *La colina de Edeta* (Premio CCEI 1987), *Endrina y el secreto del peregrino* y *El fuego de los pastores*. Junto a su hijo, Rafael Salmerón, ha publicado también *Beltrán el erizo* y *Beltrán en el bosque*.

A mis hermanos

ÍNDICE

| | |
|--|----|
| Ernest Morrison | 9 |
| En el Dragon Arms | 15 |
| La acusación | 23 |
| Lo sucedido durante la mañana: el descubrimiento del cadáver de Mary Adams | 31 |
| La extraña actitud de Ernest Morrison | 39 |
| Comienza el juicio | 47 |
| Claire Stanford | 55 |
| La declaración de Ann Mac Nigan | 65 |
| El testamento de Mary Adams | 75 |
| De nuevo las hermanas Stanford | 83 |

| | |
|--|-----|
| Ann Mac Nigan sí estaba extrañada | 91 |
| Susan Park y Ernest Morrison | 99 |
| Reconstrucción ordenada de la historia, o el fiscal se dirige al jurado | 109 |
| La declaración de Ernest Morrison | 117 |
| La explicación de la verdad | 125 |
| A manera de epílogo | 135 |

1

ERNEST MORRISON



Ernest Morrison dejó vagar su satisfecha mirada por el amplio y cómodo dormitorio y luego la dirigió hacia la ventana. La luz se filtraba por entre las cortinas, una luz clara, de buena mañana. Parecía que, al fin, las molestas e interminables lluvias de días anteriores habían decidido marcharse.

Durante algún tiempo permaneció en la cama. No tenía ningún motivo para madrugar; lo había hecho tiempo atrás, y no precisamente por gusto, y ahora disfrutaba abandonando el lecho sólo cuando le apetecía.

Claro que, precisamente, lo que le apetecía era lo que procuraba hacer a lo largo de toda la jornada. Felizmente, podía vivir de sus rentas, y no tenía ningún tipo de obligaciones, ni familia ante la que responder de sus actos. La vieja Ann Mac Nigan, su ama de llaves, se quejaba algunas veces de lo que llamaba falta de organización; pero a él le tenían sin cuidado sus protestas. Lo cierto era que, con relativa frecuencia, Ann le parecía fastidiosa; pero se ocupaba con la mayor eficacia de todo lo relacionado con la casa y hubiera supuesto un auténtico engorro sustituirla.

Se levantó al fin, perezosamente, describió las cortinas, y un cielo azul, radiante, se le metió en la habitación. Más allá el jardín resplandecía bajo el sol.

El jardín era su feudo; en él no tenía nada que hacer Ann. No se lo permitía. Esto había sido así desde el primer momento, desde el día en que, diez años atrás, llegó solo a Twin Willows Manor para tomar posesión de su herencia.

—Del jardín voy a encargarme exclusivamente yo — advirtió de manera que no admitía réplica; sin embargo, la vieja Ann lo miró con aire severo—. ¿Tiene usted algo que objetar? —le preguntó irritado.

Ella no respondió directamente a su pregunta.

—No es ésta la época de dar labor a las plantas —dijo señalando la tierra que él había removido bajo los dos sauces gemelos durante el fin de semana. En la voz de

la mujer había un tono de duda, como si no estuviera segura de sus méritos como jardinero.

—Estaba nervioso y me sentía solo; trabajar el jardín me calma... —explicó él suavizando el tono de su voz.

—Si usted me hubiera comunicado la fecha exacta de su llegada, yo hubiera estado aquí para recibirle.

—No quería molestarla. Todo el mundo tiene derecho a disfrutar de sus fines de semana, y además... Bueno, necesitaba poner en orden mis pensamientos y mis emociones; sinceramente, prefería estar solo.

—Lo entiendo —dijo al fin la mujer con voz entristecida. Y luego preguntó—: ¿Sufrió mucho?

—¿Quién? —preguntó a su vez Ernest Morrison; y la vieja Ann lo miró con asombro.

—Quién iba a ser... Mary, mi pobre Mary, su esposa. ¿Fue la suya una muerte dolorosa?

—Ah, claro, estaba pensando... Bien, no sufrió mucho —dijo con sequedad Ernest Morrison, y dio por concluida la conversación. En aquellos momentos pensó que en Ann Mac Nigan no tenía precisamente una amiga; pero la necesitaba para no sentirse perdido en aquella casa de la que ella lo sabía todo por haber estado a cargo de su cuidado desde hacía muchos años.

Sin embargo, con el paso del tiempo las cosas se habían suavizado, y ahora Ann y él convivían de manera razonable, aunque ella todavía, de cuando en cuando,

hiciera patentes sus desacuerdos y a él sus protestas continuaran molestándole.

De todas maneras, Ann nunca había tenido nada que decir en relación con el jardín. Realmente éste no era grande ni complicado de cuidar. En su mayor parte de terreno pedregoso, bastaba con mantener, en la trasera de la casa y en los laterales, una variedad suficiente de plantas rústicas y resistentes que, prácticamente, sobrevivían por sí mismas. En la zona frontal, que era la más llana y fértil, se extendía una pequeña pradera de suave césped, salpicado de alegres primulas, que iba desde las escalinatas del porche hasta el portalón de entrada. Pero los verdaderos protagonistas del jardín eran los dos sauces gemelos que daban nombre a la propiedad que Ernest Morrison había heredado a la muerte de su esposa: Twin Willows Manor. Los dos viejos y hermosos árboles se alzaban a un lado y otro de la cespедера, custodiándola y dándole sombra. Nadie iba nunca a sentarse bajo ellos, Ernest no lo consentía, ni siquiera él mismo lo hacía: aquellos dos sauces eran los emblemáticos guardianes del recuerdo de Mary Adams, su fallecida esposa.

Bien, éste era el agradable paisaje que Ernest Morrison divisaba aquella radiante mañana del mes de mayo.

Cuando abrió la ventana de par en par, esperaba oír una alegre algarabía de aves matutinas; sin embargo, se sintió asaltado por un inesperado y molesto ruido metálico que subía desde la calle.

Con un gesto de disgusto alargó la mirada y, algunos metros más allá de la valla de su jardín, descubrió la figura de un obrero que se afanaba en destrozar la acera con una máquina de taladrar. Tras él, justo en el centro de la calzada, se alzaba la pesada y amenazante figura de una excavadora.

—¡Maldita sea! —masculló malhumorado. No entendía qué era lo que pasaba en la ciudad últimamente, parecía como si el Ayuntamiento se creyera en la obligación de levantar, una tras otra, todas las calles.

«En fin, tendré que irme a almorzar al Dragon Arms», se dijo con resignación, aunque tal cosa no le trastornaba demasiado; después de todo se pasaba media vida allí.

El Dragon Arms era un lugar agradable y tranquilo que, sin ser un club, en cierto modo cumplía sus funciones. Realmente era un sucedáneo de hogar para un hombre tan solitario como Ernest Morrison, un cómodo y satisfactorio sustituto ya que, para ser sinceros, no echaba en falta las atenciones de ninguna solícita esposa ni, mucho menos, la ruidosa presencia de unos alborotadores hijos. Lo único que había deseado a lo largo de su vida era tranquilidad e independencia, tanto personal como económica, y eso era justamente de lo que ahora disfrutaba.

Ernest Morrison era un hombre satisfecho de su vida. Así se definía a sí mismo y así lo definían también los

demás. No se podía decir que tuviera amigos, al menos en el sentido más profundo de la palabra; sin embargo, la práctica totalidad de las personas que le conocían abrigaban hacia él un sentimiento de solidaridad y simpatía, porque era cordial y bien educado y, aunque no hablaba mucho, siempre tenía dispuesta una palabra amable. Y sobre todo eso estaba aquella sosegada vitalidad suya que resultaba tan evidente y contagiosa.

En resumen, Morrison era el convecino ideal, ese alguien de quien, en caso de apuro, no se duda en solicitar consejo o ayuda. Precisamente por eso a los habitantes de la pequeña ciudad de Wiggfield les costó tanto trabajo admitir que, realmente, no fuera otra cosa que un frío y cruel asesino. Pero aquella mañana, cuando abandonó su casa y, alejándose del ruido de la taladradora, se perdió en la agradable colonia de chalés en la que estaba enclavado su domicilio, Ernest Morrison aún seguía siendo un correcto y sonriente caballero, y nada hacía presagiar que a la vuelta de unas horas su vida daría un giro de ciento ochenta grados y que aquella misma noche ya no dormiría en su casa.

2

EN EL DRAGON ARMS



La mañana transcurrió satisfactoriamente: un apacible paseo hasta el campo de golf y un no menos apacible partido. Ernest Morrison distaba mucho de ser un jugador experto, ni tampoco pretendía serlo. Se trataba únicamente de distraerse haciendo unos cuantos hoyos a la par que realizaba un poco de suave ejercicio; pero, sobre todo, de ocupar una parte de su mucho tiempo libre.

Llenar horas vacías era su ocupación favorita, cosa que en modo alguno suponía para él una forma de

frustración; al contrario, no tener nada concreto que hacer constituía uno de sus mayores placeres. Aún no había olvidado aquella época de su vida en la que todas las horas y todos los minutos de su tiempo estaban hipotecados por un trabajo insatisfactorio y mal remunerado.

Aquella mañana, como tantas otras, se despidió de sus compañeros de golf alrededor de las doce y media; pero en vez de dirigirse a su casa tomó el camino del Dragon Arms. Parecía que ésa iba a ser la única innovación de una jornada que él imaginaba gozosamente rutinaria.

No se podía decir que en el Dragon Arms la comida fuera exquisita, pero al menos era lo suficientemente sabrosa como para que nadie se lamentara de haber tirado su dinero. Además, el servicio era el adecuado: la rapidez, unida a unas discretas dosis de amable familiaridad, eran sus notas más características.

Ernest Morrison comió solo, aunque no en absoluto silencio, porque Thomas, uno de los camareros más locuaces, se encargaba de amenizarle la comida comunicándole, de cuando en cuando, alguna divertida noticia local.

Después del café fue a hundirse en un cómodo sillón de cuero y se parapetó detrás del *The Guardian*. Durante más de una hora alternó la lectura del periódico con el sueño, hasta que, aproximadamente a las tres y media, llegaron sus compañeros de partida.

Jugar a las cartas era otra de sus más apreciadas formas de llenar el tiempo. A lo largo de casi diez años

había compartido las primeras horas de la tarde con el mismo pequeño grupo de personas: el doctor Williams, que, aunque ya retirado, continuaba siendo el consejero sanitario de muchos de sus antiguos pacientes; el coronel Hughes, auténtica gloria local por ser propietario de una magnífica cuadra que en más de una ocasión había dado grandes ganadores en el Derby; y el señor Mac Pherson, director de la oficina local del Midlands Bank; circunstancialmente, también se les unía Ronald Todd, el comisario de policía.

Pero aquella tarde el comisario no apareció, como tampoco lo hizo el doctor Williams, de manera que el cuarteto que habitualmente formaban, o el quinteto que a veces llegaban a ser, se vio reducido a un terceto. Sin embargo, tal cosa no les alteró la partida, ya que solían adaptar el juego al número de jugadores.

Ernest Morrison y sus dos compañeros se hallaban disputando una mano de póquer cuando la patrulla policial irrumpió en el Dragon Arms. No era extraño que el sargento Taylor y el agente Smith hicieran un alto en su ronda para tomar una taza de té; Wiggfield era una ciudad tranquila y pequeña en la que nunca pasaba nada y en la que todo el mundo se conocía. Por tanto, si alguien los necesitaba, siempre podía saber dónde encontrarlos. Por ello Thomas, el camarero, comenzó a disponer diligentemente las tazas. No necesitaba preguntar para saber que al sargento Taylor le gustaba el té solo, mientras

que el agente Smith lo prefería con una nube de leche. Pero aquella tarde el solícito camarero observó que ni uno ni otro se acercaban a la barra, sino que se dirigían directamente al grupo de jugadores de cartas.

«Querrán hacerles algún comentario y luego se tomarán el té», pensó. Pero la actitud de los dos policías le pareció extraña: ni un gesto amistoso, ni una sola sonrisa. «¿Qué pasará?», se preguntaba sorprendido viendo cómo el sargento Taylor y el agente Smith decían algo al señor Morrison y cómo éste, visiblemente turbado, se levantaba y, tras unos momentos de vacilación, los seguía hacia la salida.

«¿Qué sucederá?», eso era lo que también se preguntaban los dos compañeros de juego de Ernest Morrison y la mayoría de las otras personas que se hallaban en el Dragon Arms. Cuando la puerta se cerró a espaldas de los dos policías y el hombre que los acompañaba, todas las miradas se dirigieron hacia la mesa en la que, estupefactos, se hallaban el coronel Hughes y el señor Mac Pherson. Durante unos segundos el silencio fue absoluto, hasta que, desde detrás de la barra, lo rompió la voz asombrada de Thomas:

—¿Qué sucede? ¿Por qué querían los policías que el señor Morrison los acompañara? No será que está detenido... ¿verdad? ¿Es que le acusan de algo? —preguntó con evidente excitación.

El director del banco se limitó a hacer un gesto de ignorancia; pero el coronel Hughes era hablador y siempre le gustaba puntualizar.

—Sucedre lo que todos ustedes han visto, que la Policía ha solicitado que Morrison los acompañe. Pero no sabemos, porque no lo han expresado, los motivos que han tenido para ello, ni tampoco si se le acusa de algo o si está o no detenido.

—Pero, exactamente, ¿qué han dicho los policías? Y el señor Morrison, ¿qué ha dicho? —insistió el camarero.

—Los policías, o mejor dicho, el sargento Taylor, porque Smith apenas si ha hablado, se ha dirigido a Morrison y «exactamente» ha dicho: «Acompáñenos, señor Morrison» —explicó el coronel, para en seguida añadir, con cierto tono de incredulidad—: Así, de manera escueta, nada de «Por favor», «¿Le importaría acompañarnos?», o «¿Sería tan amable de...?», «¡Acompáñenos!», simplemente, y en un tono muy seco, incluso me atrevería a decir que en la voz de Taylor había... —El coronel se interrumpió para buscar la palabra adecuada—. ¿Renacor?, ¿desprecio? —dudó—. No sabría decirlo, ¿o quizá fueran ambas cosas a la vez? —preguntó dirigiéndose al señor Mac Pherson.

—En verdad, el tono de la voz del sargento no era amable, ni siquiera se le podría llamar frío, más bien parecía que tuviera que hacer algún tipo de esfuerzo para no mostrarse violento —contestó Mac Pherson

lentamente, como si le costara trabajo creer lo que estaba diciendo.

—¡Sí, eso es! —dijo con vehemencia el coronel—. Precisamente violencia contenida era lo que se adivinaba en la voz del sargento.

—¿Y el señor Morrison qué dijo? —volvió a preguntar el camarero.

—Nada, no dijo nada... y es extraño, ¿no le parece, Mac Pherson? Se limitó a levantarse y a seguirlos; pero ciertamente estaba muy alterado, sus manos temblaban...

—Cualquiera se sobresaltaría si un policía le pidiera que le acompañara —apuntó una de las personas que, poco a poco, se habían ido aproximando a la mesa en la que se hallaban el coronel Hughes y el señor Mac Pherson.

—No en Wiggfield y si el policía es el bueno de Taylor —repuso el coronel—. No si uno no tiene nada de que arrepentirse. Su primer sentimiento tenía que haber sido de sorpresa y no de sobresalto, y el segundo, al menos, de curiosidad: «¿Para qué se me requiere?», podría haber preguntado; pero Morrison no preguntó, se limitó a obedecer, y, repito, estaba muy inquieto.

—¿Y no será que él ya sabía los motivos que los agentes tenían para indicarle que los acompañase? —preguntó el camarero sin ocultar la creciente emoción que experimentaba ante tan extraño suceso.

—Quizá el señor Morrison haya sido testigo de algún delito, o la Policía desea que reconozca a alguien —dijo el director del banco.

—¡Oh, no! —se apresuró a decir el coronel—. Recuerde usted el tono de la voz de Taylor; si ése hubiese sido el motivo, el sargento le hubiera rogado, con la mayor amabilidad, que los acompañara... El tono de voz del policía, eso es lo verdaderamente extraño, eso y la propia actitud de Morrison.

El director del banco movió la cabeza con un nuevo gesto de desconcierto.

—Tiene que haber algún tipo de error —afirmó—. Morrison es un hombre de vida clara y metódica, un ciudadano respetable que no tiene negocios arriesgados... No es bebedor ni violento; si ni siquiera conduce... Sus únicas aficiones son el golf, la jardinería y estas inocentes partidas de cartas. ¿Por qué tendría que temer algo?... Es nuestro vecino, podemos responder de su conducta, todos le conocemos bien —acabó diciendo con absoluta perplejidad.

—¿Le conocemos bien? ¿Está usted seguro? —preguntó sorprendentemente el coronel Hughes—. ¿Qué sabemos de sus más hondos sentimientos o de su auténtica manera de pensar? ¿Qué sabemos realmente de él, a excepción de que vive en Twin Willows Manor o de que estuvo casado con Mary Adams, nuestra vecina y amiga? ¿Quién era él antes de que ella lo conociera?

¿Cómo la trató durante los años que vivieron en Brasil? ¿La amó hasta el día de su muerte? ¿La respetó siquiera?... ¿Cómo podríamos saberlo si no estuvimos presentes?... Oh, no, mi querido amigo, no sabemos casi nada de Ernest Morrison, a pesar de haberlo visto casi todos los días a lo largo de casi diez años, porque en todo ese tiempo lo hemos conocido muy superficialmente; durante diez años nos hemos limitado a saludarnos con amabilidad y a jugar a las cartas cada día...

—En realidad, nadie sabe mucho de nadie —musitó impresionado el señor Mac Pherson.

—Pero reconozca usted que del señor Morrison aún sabemos menos, aunque, para ser sincero, nunca me lo había planteado antes —dijo el coronel Hughes. Y, levantándose, se dirigió a la salida.